

Manolis Andronikos, *Vergina: The royal tombs and the ancient city*, Ekdotike Athenon S.A., Athens, 1989, 244 pp.

Arturo Sánchez Sanz*

Si hay algo que despierta la imaginación de los aficionados a la Historia y, más si cabe, de los profesionales que se dedican a ella, son los grandes descubrimientos arqueológicos. Los más importantes, hasta la fecha, se han realizado hace tanto tiempo que las publicaciones surgidas a su amparo abundan en cantidad y calidad; sin embargo, aún quedan hallazgos que, por la importancia de los personajes asociados a éstos, siguen cautivando a quienes están convencidos de poder desvelar sus secretos al resto de la humanidad. Hasta hace pocos años, uno de ellos era la supuesta tumba de Filipo II, hijo de Amintas, el más importante gobernante macedonio de la Antigüedad tra su propio hijo, Alejandro el Grande. Su supuesta morada fue descubierta por Manolis Andronikos, en 1977, cerca de la antigua capital macedonia de Egas, en la actual pequeña población de Vergina, situada en la región de Imathia, Macedonia Central.

Antes de que la capital del floreciente reino macedonio se trasladara a Pela, alrededor del 410 a.C., y por orden del rey Arquelao I, debido a que la llanura en la que se asentaba la hacía vulnerable a cualquier ataque, Egas había sido la residencia política y religiosa de los macedonios desde tiempos inmemoriales. Era tal su importancia que, aun a pesar de ello, allí se encontraban las tumbas reales y en ese lugar, hasta hace poco desconocido, se creía que descansaban los restos de

Filipo II de Macedonia. Incluso hay quien afirma que también los de su hijo Alejandro Magno, aunque no es el caso de nuestro autor, cuyas aseveraciones son menos ambiciosas y más objetivas.

Manolis Andronikos era un importante arqueólogo y profesor de Arqueología Clásica en la Aristotle University of Thessaloniki, quien completó su formación en Oxford bajo la tutela de John D. Beazley. A pesar de haber nacido en Bursa (Turquía), su familia pronto se trasladó a Tesalónica donde su pasión por la cultura Clásica le llevó, más tarde, a participar en numerosas excavaciones en la propia Tesalónica, Calcídica, etc. Así, cuando tuvo la oportunidad de continuar la labor de su profesor K. Rhomaios en los trabajos que su equipo había llevado a cabo, desde 1938, en Vergina no lo dudó, convencido de que allí aún quedaban grandes descubrimientos por realizarse. Sin embargo, no había sido Rhomaios el primero en señalar aquel lugar como un importante centro de la Antigüedad. En 1855, el arqueólogo francés León Heuzey, que en aquel entonces viajaba por Grecia en busca de hallazgos interesantes, fue quien puso sobre la pista a las posteriores generaciones acerca de un lugar que parecía haber sido importante en el pasado. A su regreso a Francia publicó *Le Mont Olympe et L'Acarnanie*, (Paris, 1860) y consiguió el apoyo de Napoleón III para regresar allí con un equipo de excavación ese mismo año. Nunca llegó a estar seguro, pero había empezado a desenterrar la parte oriental de las ruinas del palacio macedonio de Egea, y sus trabajos se extendieron a un grupo de túmulos funerarios cercano, entre los que destacaba uno especialmente grande y no menos prometedor. No obstante, la malaria afectó a la expedición y los trabajos tuvieron que cesar, retornando los supervivientes a París donde se publicó *Mission Archeologique de Macedoine*, (Paris 1876). Obra en la que postulaba la importancia de las ruinas descubiertas se asemejaban a las de Pompeya y en la que se basaría Rhomaios para iniciar allí su labor, gracias a los

extraordinarios dibujos y reconstrucciones realizados por el dibujante y arquitecto Henri Daumet.

La 2ª Guerra Mundial, obligó a que se abandonaran los trabajos cuando Rhomaios había ya sacado a la luz otro sector del palacio, y descubierto un nuevo túmulo funerario. No fue hasta 1954 que las labores se retomaron, pero sólo hasta 1956, siendo los avances lentos y, hasta entonces poco fructíferos. Sólo dos años más tarde, y con el nuevo apoyo financiero de la Singer-Polignac Institution y de la University of Thessalonike, un nuevo equipo de arqueólogos fue enviado a la zona a cargo de Andronikos, quien ya no abandonaría allí su labor hasta que le alcanzó la muerte en 1992, poco después de publicar esta obra en la que condensa tanto sus descubrimientos como sus hipótesis. Miembro del Archaeological Council (1964–1965), de la Athens Archaeological Association, de la Macedonian Studies Association, de la Association Internationale des Critiques d' Art y de la German Archaeological Institution de Berlín; Andronikos nos ofrece, de forma condensada, una visión directa al pasado en tan importante enclave para la historia de Grecia. Entre sus más importantes descubrimientos, no sólo se debe mencionar la excavación completa del palacio de Egas, sino, sobre todo, la de la supuesta tumba del gran rey unificador de Macedonia, Filipo II, el 8 de noviembre de 1977. Los resultados de las excavaciones se publicaron en 1969, sin embargo, han continuado hasta la fecha de la publicación de esta obra, que contiene los avances realizados en su conjunto. El complejo de tumbas más importante está compuesto por tres túmulos que se han numerado como I, II y III, donde destaca la Tumba II en la que se cree reposaban, sorprendentemente intactos, los restos del monarca macedonio. Aún hoy existe cierta controversia sobre si realmente fue Filipo II el dueño de la estructura o se trató de otro gobernante, ya que no se localizó ninguna inscripción o resto que lo atestiguara. Sin embargo, así lo defiende Andronikos, tanto por los

materiales hallados, como por la forma en que se incineraron los restos y la fecha en que se han datado, mediados del siglo IV a.C. Por su parte, la Tumba I se ha asociado al padre de Filipo y también rey de Macedonia Amintas, mientras que la Tumba II se especula si contenía los restos de Alejandro IV, hijo de Alejandro Magno. En esta obra no sólo se nos ofrece información arqueológica rigurosa sino que el autor no elude ofrecer su propia teoría acerca de cada resto o emplazamiento; aunque no deja de intentar ser lo más objetivo posible, indicando que se trata sólo de suposiciones que admiten perfectamente otro tipo de interpretaciones. En 1993 se inauguró, gracias a estos trabajos, el Museo local de Vergina para proteger las tumbas y permitir su visita

Se trata, pues, de una obra de referencia necesaria e imprescindible para aquellos interesados en la arqueología de la antigua Macedonia y, en especial, de la capital real, de las tumbas monumentales macedonias y de otras singulares construcciones civiles y sagradas descubiertas en la zona. Se incluyen multitud de fotografías de los restos descubiertos, reconstrucciones, vistas aéreas e imágenes históricas, junto con mapas, plantas de edificios e imágenes de los mosaicos y pinturas descubiertos en excelente estado de conservación. En ella nos habla de las tumbas monumentales, el palacio, el teatro o el Templo de Eukleia, todos descubiertos poco antes de la publicación de la obra, pero la mayor parte del libro se centra en las tumbas mencionadas, ofreciendo detalles de los restos, métodos de excavación utilizados, diario de campo, etc. Sin duda una obra básica que merece la pena descubrir.

* Arturo Sánchez Sanz es Licenciado en Historia de la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad de la Univ.

Complutense de Madrid y Universidad Autónoma de Madrid. Doctorando del Dep. de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid.

Para citar esta reseña:

Sánchez Sanz, Arturo, "Manolis Andronikos, *Vergina: The royal tombs and the ancient city*, Ekdotike Athenon S.A., Athens, 1989", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, Reseñas y Críticas, ISSN 0718-7246, vol. 8, Santiago, 2014, pp.1-5